



EL ECO DE CARTAGENA

No XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9987

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empazará a contarse desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

SABADO 16 DE FEBRERO DE 1895

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

AVISO AL COMERCIO

El único Representante de la LEGIA JABONOSA marca MURBET, en las provincias de Murcia y Albacete es:

D. CLARO VILLAR POLO
ANGEL 1, PRINCIPAL
CARTAGENA.

SASTRERIA DE JUAN DIAZ.

Sociedad en Comandita.—Mayor 31

Como fin de temporada se liquidan las existencias de invierno con un 50 por 100 de rebaja en los precios establecidos.

Trajes hechos y rusos para niños a precios convencionales.

Capas bien enteras embozos de novedad a precios sin competencia.

31—MAYOR—31

TRASLADO

El MUSEO COMERCIAL hasta ahora establecido en la Puerta de Murcia, Pasaje Coneja, se ha trasladado enfrente, plaza de Castellini, número 12, bajos del Círculo Católico.

Un artículo notable.

Toda la prensa de Madrid ha hablado del suceso. Una mano anónima escribió en un papel una denuncia acusando de parricidio a un médico que acaba de perder a su esposa en su domicilio de la calle del Limón y lo puso en la escalera del juzgado. La denuncia fue encontrada por un sereno que la puso en manos del juez y éste detuvo al médico, lo puso en la cárcel y le ha formado proceso por envenenamiento en la persona de su esposa.

Sobre este asunto ha publicado el galano escritor Julio Burell en «El Heraldo» un notable artículo que se presta a reflexiones muy amargas.

Helo aquí:

EL CASO DEL DOCTOR QUEIPO.

Tembled por vosotros, por vuestros hijos y por los hijos de vuestros hijos.

Frase evangélica.

De cuando en cuando un temblor de error ó una imprevisión terrible de la justicia vienen a darnos como un alerta... El alerta de esas iniquidades quiere decir:—Tembled por vuestra libertad, por vuestro honor, por vuestra Hacienda, por el respeto de vuestro nombre, por la paz de vuestra familia... Todo eso que solemnemente garantiza la Constitución, las leyes, el Parlamento, la Corona, la tribuna y la prensa, puede romperse, desaparecer, destruirse, ser, en suma, aventado como un puñado de polvo. Con la media firma de un juez hay bastante. Con la rúbrica de un escribano hay de sobra. Con el ir y venir de un corchete la prisión se abre, la libertad se pierde, la honra queda en entredicho, y la mano

más pura y más inocente aparecerá manchada con la sangre de un vil asesinato ó de un espantoso parricidio.

Recuérdese el «proceso de la calle de Fuencarral». Por tránsitos de justicia vino un infeliz en inminente peligro de ser calificado como coautor de aquel negro drama. Aquella gran neurótica criminal, aquella comedianta del delito—Higinia Balaguer—fue generosa con su antiguo amante... Pudo perderlo con una nueva mentira. Lo dejó en paz, diciendo que «aquel hombre era un inocente y un desgraciado». El juez, sólo entonces diólo por libre; y el desdichado tuvo que emprender de limosna el regreso a su país... Pero durante muchos días «fue uno de los héroes de la calle de Fuencarral». ¿Por qué? Sencillemente por una indiciación, por un anónimo, por una palabra dicha al acaso y deslizada al oído de cualquiera.

Recientemente, otro desventurado, el marido de Gregoria Bascuñana—la protagonista del aun no visto proceso del «testamento falso»—era conducido a Madrid de cárcel en cárcel. Fue una nueva edición del lance ocurrido al amigo de Higinia Balaguer.

—Se le mete a usted en la cárcel por falsario.

—Se le pone a usted en libertad, porque no hay nada de lo dicho.

El buen hombre se fue, pidiendo perdón y sin volver la cabeza.

El número enorme de sobreesimientos que arroja la estadística judicial, aun descontada la vasta proporción en que el formalismo legal acrece la cifra, revela bien hasta qué extremo halláanse en riesgo, a pesar de todas las libertades políticas, todas las libertades individuales.

No hay que hablar de las detenciones gubernativas de los blasfemos ó indocumentados que se pasan la vida en la cárcel y en las cuerdas de la guardia civil por simple arbitrio de un gobernador, ó de un alcalde ó de un inspector de policía...

Estas iniquidades y estos excesos de la administración pública, con ser indignos de un pueblo, no ya civilizado y democrático, sino honradamente cristiano, carecen, con todo, de la gravedad inmensa de las iniquidades y de los excesos judiciales.

Aquellos son obra de autoridades políticas a cuales nadie encomienda honra, vida y hacienda. Jueces y Tribunales tienen todo eso en sus manos por «ministerio de la ley».

Y he aquí ahora el caso del doctor Queipo. Yo ignoro quien sea el doctor Queipo: si es alto ó bajo,

moreno ó rubio, atractivo ó antipático, inteligente ó torpe, bueno ó malo. Es un nombre que usted que me lee y yo que escribo, hemos conocido por el run-run de los periódicos.

La legión volante del reportismo ha hecho ya largas y complicadas excursiones por el hogar, por la juventud, por la vida entera del doctor Queipo... Tenía hermosa mujer; vivieron unidos tanto tiempo; separáronse en tal día; reuniéronse en tal otro... No; los reporters no han dejado nada en el tintero. En el público anfiteatro han exhibido a la muerta y al vivo con todos los velos del pudor destrozados. El doctor Queipo nos pertenece ya como una fiera del Retiro. El noticiario lo ha marcado con el hierro candente de la «actualidad» periodística... Sabemos hasta las últimas tribulaciones del infortunado... «Al bajar la escalera de su antigua casa para dirigirse de nuevo a la cárcel, lloró en silencio»... «Lloró en silencio»... ¿Cómo? En trance tal ¿fue todo eso lo que le ocurrió al doctor Queipo? ¿Para cuándo guarda el doctor la más alegre y sonora de sus carcajadas?

Quedábamos en que el médico Sr. Queipo ya no es una persona ni un individuo: es un «caso» noticiero, un «asunto», un «suceso».

En este aspecto que ofrece la inmensa desgracia del doctor Queipo aparecen el noticiero y el juez dándose las manos y cambiando las plumas... ¿Es el juez quien ha llevado a la cárcel al doctor Queipo ó son los reporters de los periódicos? ¿Son los reporters ó es el juez quien ha convertido en materia de un suceso periodístico la vida, la juventud, el honor y el amor de un hombre que tiene todas las presunciones legítimas de la honradez?

Cierto que el sumario es ó debe de ser absolutamente desconocido; cierto que yo en este negocio no sé cosa alguna distinta de lo relatado en letras de molde, y que, por tanto, dejo con sus respetos propios y con su justificación no sospechada al juez de la causa. Pero hasta ahora nadie ha desmentido ni ha contradicho la relación de los reporters, y a ella hay que atenerse. De esa relación resulta:

Que el Doctor Queipo estaba casado; que su mujer murió; que en un pedazo de papel escrito por mano absolutamente anónima insinuóse la posibilidad del parricidio; que los testigos hasta ahora recibidos han declarado en favor del señor Queipo; que éste no está ni confeso ni convicto de delincuencia alguna que el dictamen profesional a propósito de las manifestaciones externas del cadáver de la señora de Queipo, niega toda indicación de crimen; y por último, que las vicissitudes del cadáver, cuando sean examinadas en el laboratorio, serán las únicas que podrán demostrar por entero la inocencia ó la culpabilidad del marido, hoy preso y procesado.

En estos términos está planteado el «caso» ó «el suceso del doctor Queipo». Si los reporters no se han equivocado, pocas páginas habrá tan negras como esa en la historia

de los errores é iniquidades humanas.

A ese hombre, ¿quién lo denuncia? Nadie. ¿Quién lo acusa? Nadie. Su acusador, su denunciador, no tiene nombre, ni cuerpo ni voz. Es menos que una sombra. Es un pedazo de papel. Lo mismo que llegó a manos del juez, pudo ir al carro del barrendero.

Sin embargo, se le detiene. Los amigos exclaman:—El doctor Queipo es un hombre honrado.—Los médicos dicen:—Las apariencias del cadáver son de una muerte natural.—Sin embargo, se procesa al doctor Queipo, y se le procesa por parricidio, por envenenamiento... y esto envenenamiento y aquel parricidio no tienen la trágica nota de los celos ó la venganza... En tal crimen sólo unos cuantos puñados de posetas insinúa el anónimo y ha visto la perspicacia judicial.

Un horror, ¿verdad? Pero este horror hay que considerarlo en su natural trascendencia.

Detrás de la muerte de un ser amado, ¿qué bastará en España para ir a la cárcel a despedir el duelo?

Un pedazo de papel garrapateado por una mano infame, un sereno que encuentra el papel casualmente, un juez celoso y unos reporters que escriban con letras gordas: *El crimen de la calle de...*—Con estos elementos hay de sobra para crucificar a Jesús mucho antes de Semana Santa.

JULIO BURELL.

Mescolanza.

A la hora esta hay mucha gente ocupada en buscar el cuarto de los leones, el fondo del cofre ó los rincones del guardarropa. Las Carnestolendas están encima y hay que disfrazarse de algo para hacer honor a ese trío de días que el mundo conocido consagra al placer, a la locura, a los galimatrazos mas ó menos secos y a los bufidos menos ó mas inflados.

De aquí a que la carne nuestra tome el tole—que así traduzca yo. Carnes toledanas—¡cuánto tiene que hacer la carne viva!

Elegir un disfraz no es cosa fácil. Desde la damisela que consulta los periódicos de modas para elegir el traje que le caiga mejor, hasta la atropellada que tiene su esfera de acción en la carrera, por la que discurre a paso de carga, vestida de Fatim indigente ó de marimacho con circunstancias agravantes, repartiendo bromas a puñetazo limpio entre los hijos de Marte y de Neptuno, no hay ningún candidato a máscara que se encuentre satisfecho ¡Ahí es nada! ¡Elegir un disfraz!

La mayoría de aspirantes a taparse la cara resuelven el problema allá para sus adentros y a lo más aconsejándose con la almohada; pero hay algunos que no toman por consejeros y someten a nuestra aprobación cuantas majaderías se les ocurren.

—¿Que le parece a usted que elija?—nos pregunta un posma parándonos junto al escaparate de una tienda de comestibles.

—Lo que usted quiera—le respondemos.—No; ha de ser a gusto de usted—replica el posma empeñado en que le ahorremos el trabajo de pensar.

—Bueno, pues yo que usted eligiera aquel salchichon largo y torcido que hay entre el queso de bola y los botes

de sardinas, no por nada sino por que es el mas grande.

—No se trata de eso; se trata de m traje de máscara.

—¡Ah! Pues disfrazese usted de lo que quiera, de porro de aguas ó de hombre público; a mí me es igual.

El individuo se decide por lo segundo y manda poner en quilla una careta con una boca kilométrica y un tupe de altura que rebasará un poco los balcones de los primeros pisos, para copiar a Sagasta.

Y a propósito del presidente del consejo. ¿Han visto ustedes que suerte de hombre?

Yo voy creyendo que nació en zurrón y en viernes santo.

¡Vaya un hombre para sacudirse las pulgas y para quitarse de encima calentamientos de cabeza! Es decir, distinguamos, el no se quita nada; es su buena suerte la que le quita las piedras del camino para que no tropiece.

¡Vaya una mano izquierda y una muleta para empapar bichos y un aquel y un ese que se trae el gran musulmán de la política! Sidi Sagasta, como le llama la gente en estos tiempos de embajadas marroquíes y de poemas morunos-solimanescos ¡Al bicho de la triguería lo ha matado de un golleteazo y aun que el público de los tendidos ha iniciado el piteo, para demostrar su desagrado, es lo cierto que ya no se le indigestan los trigos al señor Sagasta ¡Es mucho hombre!

En lo que ha estado magistral «Lagar-tijo»—digo Sagasta—ha sido en el tratado de la cuestión cubana. El bicho no podía ser más receloso. Todo el mundo creía que el diestro no saldría con vida de la faena. Pero ¡anda, anda! vaya un modo de arreglarlo, de perfilarse y de hacerlo rodar! Hasta D. Antonio, que ya tenía desde sus años infantiles un ojo que no iba por camino derecho, se ha quedado biceo del otro ojo, y Cos-Gayon, que ya estaba en pié y dispuesto a ir por la cartería, ha pedido una silla para esperar sentado, porque—como la zorra de la fábula,—ha visto que están verdes.

Lástima que no sea astrónomo al par que político al señor Sagasta; por que con esa muleta que se trae ya le hubieran dado cuatro capotazos al temporero dejando el Norte limpio de nieves, limpio de nubes el cielo del Sur y serena la atmósfera, en beneficio todo de las regiones que se encuentran bloqueadas por los hielos; de los trabajadores andaluces que no pueden echar una puerca por causa de la lluvia y de esa desdichada línea férrea de Algeciras que parece de mirame y no me toques, como la plata traquen.

Hasta ahora era el telegrafo la cosa mas sensible que teníamos en España; cuando se levantaba brisa se humillaban los postes é iban los alambres por el suelo; pero el ferrocarril de Algeciras ha batido el record de la sensibilidad y así que caen cuatro gotas se vienen abajo las trincheras, dicen los trenes —«de aquí no paso»—y el pasajero que tiene prisa tiene que echarse al hombro el equipaje y continuar el camino a pié.

A todo hay quien gano.

MARIO.

Justicia de mil colores.

Este es el título de un artículo que publica nuestro colega de Madrid «El Resumen» en su número de ayer, con motivo de la vista de un proceso curulesmo que ha comenzado en la Audiencia de Córdoba, contra D. Rafael Cárdeno, Alcalde de Aguilas que a vuelta de vencer no pocos obstáculos lograron